

In Memoriam

Ernesto Aronna Solano (1936-2003)

El 29 de agosto falleció en la ciudad de Bogotá Ernesto Aronna Solano, después de sufrir una enfermedad de varios meses. Fue uno de los primeros marionetistas y titiriteros de Colombia. El logró hacer un grupo que se llamó Santa Fe de Bogotá, para al cabo de unos años hacer una fundación con su nombre y que será la que siga trabajando en bien de los niños de Colombia. Durante los 42 años logró varios premios, uno de ellos del gobierno nacional con la Medalla del Mérito. Estamos seguros de que deja un gran vacío. Paz en su tumba.

Alfonso Gutiérrez
Bogotá, septiembre de 2003

Norma Barroso (México, D.F., 1962-2003)

Norma Barroso apenas comenzaba a conformar una dramaturgia resonante. Sus textos contienen la pureza de la raíz indígena, la magia también del universo de nuestros antepasados y por consiguiente, una honda y dolida preocupación con estos pueblos, que determinan nuestra sangre mestiza. Su teatro toma la voz de aquéllos que no hablan y sin embargo permanecen vigentes en el hastío cotidiano y en las heridas de nuestra sociedad mexicana. Norma atestiguó la complejidad de ese penar postrado de la mujer indígena chiapaneca y lo hizo arte en el deslumbrante monólogo *Virgen la memoria*. Norma alza el corazón y nos señala el doloroso presente de una madre, que recolecta los huesos de alguien que no sabe si es su propia hija. A través de

Rumor de viento nos da sus ojos para que veamos estampas e historias del feminicidio en Ciudad Juárez. Sin duda esos dos textos serán la base de su breve pero jugosa obra teatral tan abundante de pasión por la vida. *Plomo sobre papel*, *Por no ir a Michigan*, *El Marraquechito* y *El ángel*, entre otras, completan su producción dramaturgica.

Sus últimos tres estrenos se realizaron en los teatros de la SOGEM (Sociedad General de Escritores Mexicanos), pero sería injusto decir que sus obras se pusieron en nuestros escenarios debido a nuestra amistad. No obstante, esa relación nos sirvió mutuamente para enriquecer nuestras visiones sobre el teatro, sobre el medio teatral, tan adverso a veces, y más aun para quienes escribimos un teatro comprometido, más con nuestro tiempo y con nuestra sociedad que con los parámetros comerciales. De ahí que la amistad se hizo complicidad para concretar sus proyectos. Y así lo hicimos. Estos montajes, sobre todo el de *Virgen la memoria*, sin duda se recordarán porque Norma, además de ser una brillante dramaturga, era una actriz entrañable y sorprendente.

Se fue la teatrera, polivalente, polifuncional y guerrillera, muy de acuerdo al medio tan hosco que nos rodea. Nos hará falta una maestra de teatro y de literatura, inteligente y apasionada. Extrañaremos sus pasos sobre el escenario y su talento como directora. Lamentaremos el silencio que nos ha dejado, la amistad trunca, pero tal vez lo que más nos inquieta sea la impotencia de haber testimoniado, una vez más, el poco aprovechamiento que se hizo de la pasión por el teatro y del talento de una mujer de alma rebelde que se perdió en la lucha desigual que hacen aquéllos que miran con el corazón y que nunca se inscriben en las modas o en los caprichos contra la miopía de sus contemporáneos.

José J. Vásquez Torres
Director de Teatros, SOGEM

El sobreviviente de la Atlántida: Oscar Villegas (1943-2003)

“Anoche te soñé, Alejandro. Estabas malviajado. La droga te había caído mal y por más que te hablaba, no me hacías caso...” y Oscar, con esa sonrisa cínica que nunca le abandonaba – lo mismo que sus pesados y hippios collares – alzaba su cigarro en una pose que me recordaba a Lauren Bacall y se quedaba esperando mi respuesta, que invariablemente siempre tardaba yo en formular. Así era Oscar Villegas, en la vida diaria y en su dramaturgia:

desconcertante, lúdico y con un perpetuo aire de sobreviviente del Titánic, del Hindenburg, del olímpico 68, del terremoto de 1985 o de las Torres Gemelas, madreado por la vida y por mano propia, pero sin perder nunca el estilo ni la prosapia dada desde lo alto. Un digno personaje de sí mismo.

Recién me acabo de enterar de su muerte. Cómo son gachos, nadie fue a su sepelio. Sólo estaba su hermana, dijo alguien denegando. Y yo boquiabierto, sintiendo lástima de mí mismo por no haber acudido a la última cita. Sacudido por la impresión de haber visto partir a otro compañero más y con ello, el inevitable recordatorio de nuestro breve tránsito por esta vida. Nadie se enteró. No se publicó ninguna esquela ni se hicieron las habituales y graves llamadas por teléfono. No circularon mails electrónicos dando cuenta de su fallecimiento, como tampoco se alzaron panegíricos delante de su ataúd, ni acudimos dolidos a una capilla ardiente todos aquéllos que lo queríamos y admirábamos. Simplemente hizo, como él hubiera escrito, *mutis discreto*.

Hablar en este momento de sus obras sería caer en un tardío acto de contrición, en admitir una culpabilidad por no haberle reconocido en vida su calidad como creador (¿será posible esto?), su estatura como dramaturgo y demás ditirambos que suelen cubrir al ausente definitivo y que nacen del remordimiento por haberle ignorado. No es el caso del Marvilo – su apodo de los 60, según José Agustín – y de su escasa pero poderosa producción, que a pesar de estar insertada dentro de una corriente teatral muy característica de finales de los 60 y principios de los 70, estaba marcada por – odio las etiquetas, pues minimizan lo más mágico y prodigioso – un realismo social con fuertes tintes tremendistas que todavía tiene por ahí a trasnochados seguidores. Los textos de Oscar Villegas se hicieron peculiares, únicos y muy apreciados.

¿En qué consistía esta diferencia? ¿Cuál fue el secreto de Oscar Villegas y que sus admiradores, detractores, imitadores e investigadores no han podido averiguar? La clave sin duda se encuentra en *La Atlántida*, muy en especial el personaje del Chester (sí, el alter ego de Villegas), inmerso en un universo decadente, podrido, donde priva la más cruda ley de la selva. Una moderna Sodoma y Gomorra, cuyos pecados parecen subir hasta el Cielo y provocar la ira divina, que decide borrar a la marginal colonia La Atlántida con una inundación. Un breve diluvio que arrastra sin la melodramática distinción de castigar sólo a los malos. Los sobrevivientes al día siguiente brincan entre los charcos de lodo, sin hacer recuento de sus existencias y mirando hacia un futuro incierto pero en el que habita la esperanza. El secreto de Oscar Villegas es sencillo: amaba a sus personajes.

Oscar nunca pontificó. Jamás alzó admonitorio su índice, como muchos colegas que se erigen en juez y castigan a los personajes por sus nefandas acciones. Villegas no. Fue más sabio y reconoció en la Atlántida el barro original con el que fuimos formados. ¿Quién soy yo para criticar a tal persona? parecen decirnos sus textos. Este amor por todos los seres, no importa su condición, lo hizo trascender y distinguirse del resto de los autores, más ocupados en el efecto que en querer a los seres humanos. Cuando se es náufrago, se borran las barreras sociales y se perdona todo.

Y Oscar fue un sobreviviente que supo cruzar los pantanos. Hundirse en ellos para volver a emerger, optimista. “Así es esto, Licona,” lo escucho aún decirme con su media sonrisa, dejando escapar una vaharada de humo mientras me clava su enigmática mirada que veré siempre a través de sus textos. Nos veremos pronto.

Alejandro Licona

México, D.F., a 5 de octubre de 2003